

El proyecto Nacional-Popular de la Colombia Humana en las elecciones presidenciales de 2018

Heiner Gaitán Parra¹

Introducción

Luego de más de seis décadas de conflicto armado interno que dejó un saldo de 250.000 muertos y más de 8 millones de víctimas y nefastas consecuencias en lo referente a la propiedad de la tierra, limitación de ciudadanía y derechos a la población y poderes mafiosos enquistados en los más profundo del Estado colombiano, el gobierno de Juan Manuel Santos adelantó conversaciones de Paz con la insurgencia armada de las FARC-EP en la Habana (Cuba).

El proceso de Paz mostró fisuras al interior de la clase dirigente nacional; por una parte, el sector liberal de la élite consideró el Acuerdo de Paz como un logro, pues se insertaba al enemigo militar al terreno político donde simbólicamente estaba derrotado y de esa forma el vaciamiento insurgente de los territorios sería aprovechado para articular economías de frontera a la economía de mercado nacional, bajo el modelo del aprovechamiento transnacional de los recursos naturales.

Por su parte, el sector reaccionario de la élite, comprometido con la producción de la violencia narcoparamilitar, aliado de los terratenientes y de grupos religiosos opositores del Estado laico, articulados en la figura del expresidente Álvaro Uribe Vélez se constituyeron en los mayores detractores del Acuerdo de Paz, en su construcción narrativa la desmovilización de la guerrilla sería un paso seguro para la implementación del socialismo bolivariano en el país. No obstante, su mayor temor radicó en la constitución de la Justicia

¹ Político de la Universidad Nacional de Colombia. Estudiante Maestría en Estudios Políticos IEPRI-UNAL. Integrante del Grupo de Investigación Presidencialismo y Participación. Correo: hjgaitanpa@unal.edu.co

Transicional (JEP) y el cambio de Verdad por penas extramurales, que supone la confesión de muchos delitos atroces en los que están relacionados muchos dirigentes políticos y patrocinadores empresariales del uribismo a cambio de reparar a las víctimas en lo material y simbólico.

En todo caso, el Acuerdo de Paz quebró el pacto de élites establecido luego de la caída de Rojas Pinilla y la instauración del Frente Nacional (1958-1974), en dicho pacto refrendado en diversos periodos –como en el acto constituyente de 1991 y la elección de Uribe en 2002– se pueden rastrear elementos del consenso de élites: I) Papel monoexportador y dependiente en la economía global; II) Capitalismo mafioso con el auge del narcotráfico; III) Captura del Estado a manos de intereses privados; IV) Cierre del sistema político en favor de una democracia policiva V) Promoción de violencia contrainsurgente y antipopular apelando a la estrategia Paramilitar.

Sobre este último punto se erigió la estructura social teniendo de precedente el largo conflicto social y armado y la producción hegemónica del enemigo interno, la exacerbación del discurso de la seguridad a costa de reducir derechos sociales y los efectos colaterales de la violencia –desplazamiento forzado, acumulación de tierras y una cultura política que hizo de la derecha política sentido común.

La elección y reelección de Álvaro Uribe (2002-2010), el desmonte institucional del Estado de derecho para darle juego al “estado de opinión” y la guerra total contra las FARC que permitió la articulación del interés geoestratégico de los Estados Unidos en la región, la expansión del modelo minero-energético y la intención legitimante de las élites a partir de la violencia configuraron una identidad nacional referenciada en la tradición, la verticalidad y la justificación de la guerra.

**El proyecto Nacional-Popular de la Colombia Humana en las elecciones
presidenciales de 2018. Heiner Gaitán Parra.**

Es por esto último que se explica que, en medio de la ruptura del pacto de élites encarnado en Las figuras de Santos y Uribe, este último registrara mayor popularidad –a pesar de las cientos de investigaciones por múltiples delitos cometidos antes y durante su gobierno– contara con la bancada más numerosa en el Congreso y se diera el lujo de liderar el triunfo del NO en el Plebiscito por la Paz en octubre de 2016.

Es así que la elección presidencial de 2018 se presentaba como el tercer round de la disputa de élites –elección 2014 y plebiscito de antecedente, pero de manera inusitada registró todo lo contrario: el acuerdo de amplios sectores del establecimiento político y económico para elegir en la presidencia al candidato de Álvaro Uribe el economista Iván Duque Márquez, formado en la doctrina neoliberal del Banco Interamericano de Desarrollo (BID).

Una de las principales razones por la cual el poder económico y político del país se volcó unitariamente en favor de la candidatura uribista se explica en relación a la conciencia misma de la crisis orgánica del sistema social y político por parte de las mismas élites, divididas y mutuamente heridas durante el proceso de paz que se acentuó con el crecimiento de la candidatura de los sectores de izquierda y alternativos alrededor de la figura del exalcalde de Bogotá Gustavo Petro.

Con Petro la izquierda y amplios sectores alternativos lograron construir una propuesta de país que sumó sectores sociales a su causa, se arrojaron claves de construcción de un proyecto *Nacional -Popular* o *populista* ante el agotamiento del modelo neoliberal y la ventana de oportunidad que supuso el acuerdo de Paz pues en el centro de la discusión pública la agenda social nubló a la agenda belicista.

La delimitación entre un “ellos” y un “nosotros” propia de las agendas nacional-populares implica evidenciar las categorías y los conceptos sociales

**El proyecto Nacional-Popular de la Colombia Humana en las elecciones
presidenciales de 2018. Heiner Gaitán Parra.**

que se resignifican en este punto de nuestra historia. Los elementos lógico-racionales presentes en el debate sobre el futuro del país dan pistas no sólo de cómo y desde que enfoque leen la coyuntura los diferentes actores, sino también de los mecanismos discursivos y simbólicos para sumar fuerza a su causa.

I La crisis orgánica

La crisis orgánica en la estructura social y política colombiana está relacionada por dos caras de una misma moneda: por un lado el agotamiento del modelo neoliberal, sostenido en nuestro país por la privatización del patrimonio público, la financiarización de la economía y el papel dependiente de la economía nacional en el contexto global; por otra parte el papel estructurante del conflicto armado y la construcción de un enemigo interno que legitimó ante la sociedad las consecuencias humanitarias del mismo.

Expansión del capitalismo neoliberal y conflicto armado interno configuran la estructura de organización política y social, por eso no es extraño entender que el recrudecimiento de la violencia está estrechamente ligado a la estabilidad de la estructura económica.

En ese orden de ideas, la elección del 2018 se presenta en el marco de la división de élites –en razón del Acuerdo de Paz, la proliferación de escándalos de corrupción –casos de Reficar, Odebrecht y los carteles de la contratación donde están comprometidos los recursos públicos–, la pérdida de legitimidad de la clase política, el auge de la protesta social por la ampliación y la garantía de los derechos sociales y contra la implementación de políticas de mercado antipopulares.

**El proyecto Nacional-Popular de la Colombia Humana en las elecciones
presidenciales de 2018. Heiner Gaitán Parra.**

La Minga Indígena del 2008-09; El Paro Nacional Universitario del 2011; el Paro Nacional Agrario de 2013; los movimientos ambientales de la última década –en defensa del Páramo de Santurban; las Consultas Populares en Piedras (Tolima), Tauramena (Casanare), Cabrera (Cundinamarca), Cajamarca (Tolima), Cumaral (Meta), Jesús María (Santander) y Sucre (Santander); la irrupción del movimiento juvenil y social por la Paz, ayudaron a minar los consensos estructurantes entre las élites dominantes y el conjunto de la sociedad civil colombiana. Las fisuras producidas por el choque de élites en razón al avance del acuerdo de paz –y el evidente distanciamiento entre unas poderosas élites de origen terrateniente y gamonal que de sus entrañas había producido la estrategia paramilitar y unas élites urbanas, conectadas a la estructura oligárquica, que pretendían desvincularse de su pasado reciente en el fenómeno de criminalización de la política que significó el sometimiento paramilitar a las instituciones estatales y su conexión con los principales sectores de la economía. Paulatinamente esas fisuras se convirtieron en grietas ampliadas por la movilización popular.

La crisis orgánica se produce por el distanciamiento, cada vez más evidente, entre los lazos vinculantes que estrechan a la estructura económica de la sociedad y la superestructura jurídico-política, allí los intelectuales se apartan de la clase a la que están orgánicamente unidos y de ese modo no permiten que ejerza su función hegemónica en el conjunto de la sociedad. (Gramsci, 1999) En otras palabras, se rompe el consenso al interior de la clase dominante que pierde su capacidad de dirigencia a las clases y grupos subalternos.

Y el contenido es la crisis de hegemonía de la clase dirigente que se produce ya sea porque la clase dirigente ha fracasado en alguna gran empresa política para la que ha solicitado o impuesto con la fuerza el consenso de las grandes masas (como la guerra) o porque vastas masas (especialmente de campesinos y pequeñoburgueses intelectuales) han

**El proyecto Nacional-Popular de la Colombia Humana en las elecciones
presidenciales de 2018. Heiner Gaitán Parra.**

pasado de golpe de la pasividad política a una cierta actividad y plantean reivindicaciones que en su conjunto no orgánico constituyen una revolución. Se habla de "crisis de autoridad" y esto precisamente es la crisis de hegemonía, o crisis del Estado en su conjunto. (Gramsci, 1999)

La caída de los precios internacionales del petróleo, sobre el cual se sostiene la dependiente economía nacional dejó las fianzas públicas en estado crítico para responder las demandas sociales y cumplir la agenda del gobierno Santos, la polarización generada por el acuerdo de paz dejó hondas heridas, pues el proceso de paz con las FARC rompía de tajo una de las piedras angulares del consenso del proyecto-nacional oligárquico: la derrota militar de la insurgencia armada.

La pérdida de legitimidad de las élites, las instituciones estatales y el ascenso de la ilegalidad –mafias de contratistas públicos, narcopolítica, clientelismo–, marcan lo que no puede considerarse como una crisis de coyuntura. Ante ello Gramsci señala:

La distinción entre "movimientos" y hechos orgánicos y de "coyuntura", u ocasionales, debe ser aplicada a todas las situaciones, no sólo a aquellas en donde se verifica un desarrollo regresivo o de crisis aguda, sino también a aquellas en donde se verifica un desarrollo progresivo, o de prosperidad, y a aquellas en donde tiene lugar un estancamiento de las fuerzas productivas. El nexo dialéctico entre los dos órdenes de movimiento y, en consecuencia, de investigación, es difícilmente establecido con exactitud; y si el error es grave en la historiografía, es aún más grave en el arte político, cuando no se trata de reconstruir la historia pasada sino de construir la presente y la futura (Gramsci, 2017).

Si bien es cierto que la polarización social por sí misma no constituye la raíz de la crisis orgánica –aunque la explicita en su forma más inmediata–, la cual es rastreada por la pérdida de contenido e identidad del consenso de élites, aunado también por la aceleración de una contradicción en el marco del

**El proyecto Nacional-Popular de la Colombia Humana en las elecciones
presidenciales de 2018. Heiner Gaitán Parra.**

proceso de paz: el desarrollo de las fuerzas productivas y las formas de propiedad.

Las fuerzas productivas de la sociedad colombiana, y por su relación dependiente con el mundo, en intención de desarrollar el sistema capitalista encontró trabas con las formas de propiedad ilegal e ilegítima que el país tímidamente se había dado en resolver a través de leyes para las víctimas y la restitución de tierras que evidenciaban la estrategia de vaciamiento de territorios a sangre y fuego, desplazamiento de población a las grandes ciudades y establecimiento de proyectos, en su mayoría, minero-energéticos.

El dependiente, atrasado y financiarizado capitalismo colombiano logró su desarrollo en medio de la captación ilegal de rentas, el lavado de activos, los negocios criminales que tienen como fuente de ingreso el narcotráfico, al país como el principal productor de cocaína en el mundo, a los grupos empresariales como cómplices y a la clase política sostenida y apoyada gracias a la estrategia narcoparamilitar (Uribe & Cepeda, 2014).

En los años ochenta emergió el narcotráfico que se hizo notorio con las excentricidades de los principales jefes narcotraficantes quienes, por un lado, lograron relacionarse con la clase política financiando campañas, definiendo agendas de gobierno y protegiendo sus negocios ilícitos; por otra, lograron penetrar en la economía legal comprando empresas, montando nuevos negocios para lavar activos y justificar sus ingresos y vidas de lujo; finalmente en el apoyo financiero y operativo a los grupos de terratenientes para la conformación de grupos paramilitares.

En ese sentido se registra el poder dual de la clase dominante, pues no utiliza el Estado, a pesar que este sigue siendo el instrumento de dominación y esté a su entera disposición, pues no se le considera efectivo, por ello dan paso a grupos paramilitares que amparan intereses económicos-corporativos de las diferentes facciones de la clase dominante

**El proyecto Nacional-Popular de la Colombia Humana en las elecciones
presidenciales de 2018. Heiner Gaitán Parra.**

A la narcopolítica de los años ochenta –en donde la por vinculación ideológica con Estados Unidos la agenda internacional del Estado colombiano fue conducida a atender este fenómeno criminal desde la perspectiva de lucha contra las drogas–; fue sucedida por el proceso 8000 que involucró al presidente Samper (1994-1998) y a la clase política de los años noventa y en tiempos más recientes Parapolítica, que demostró que aquella relación inicial entre narcos y políticos había trascendido a dimensiones de criminalidad insospechadas. El paramilitarismo ya no concebido como retaguardia para proteger a narcotraficantes y terratenientes, sino como estrategia de liquidación del movimiento social y penetración de las instituciones del Estado, en especial las relacionadas con seguridad nacional, orden público e inteligencia, pero sin descuidar gobernaciones y alcaldías para asegurar las rentas públicas en función del proyecto ilegal (Uribe & Cepeda, 2014).

En ese sentido se registra el poder dual de la clase dominante, pues no utiliza el Estado, a pesar que este sigue siendo el instrumento de dominación y esté a su entera disposición, pues no se le considera efectivo, por ello dan paso a grupos paramilitares que amparan intereses económicos-corporativos de las diferentes facciones de la clase dominante (Betancourt, 2010).

Por tanto la crisis que se registró en la conducción del Estado bajo el gobierno Santos reflejado en sus intensas controversias con Álvaro Uribe y el Centro Democrático que llegó a su punto más álgido con el Plebiscito de octubre de 2016, más allá de perfilar diferencias de criterio entre dos sectores del establecimiento oligárquico evidenciaron las agudas diferencias al interior de la sociedad política sobre el cómo mantener y reproducir las formas de dominación política establecidas por la estructura económica.

La sociedad civil y la sociedad política hacen parte de la superestructura del Bloque Histórico (Betancourt, 2010). En el Bloque Histórico se refleja la síntesis coerción-consenso; hegemonía–dominación. Hasta aquí hemos

**El proyecto Nacional-Popular de la Colombia Humana en las elecciones
presidenciales de 2018. Heiner Gaitán Parra.**

sostenido como en el nivel de la sociedad política hay un consenso central: la guerra, que es convertida en ideología para el conjunto de clases y grupos subalternos de la sociedad civil hasta lograr que el conjunto de valores, aspiraciones y prácticas giren alrededor de este componente central del consenso de élites.

En el caso colombiano, el Bloque histórico se consolidó con base en el control del aparato estatal, sin que las clases dominantes se hayan apoyado y comprometido con las clases subalternas, únicamente para descargar sobre ellas su legitimidad en la conducción del Estado y por esa vía legitimar su consenso antipopular: neoliberal y guerrerista.

En otras palabras, hay una subordinación de la sociedad civil a la sociedad política, lo más cercano a un régimen dictatorial, que en la práctica se muestra bajo la forma democrático-liberal de elecciones periódicas, libertad de prensa y libertad para la organización, pero que en la práctica se caracteriza por su estrechez dada su forma oligárquica.

La forma dictadura señalada se registra por la imposición del consenso de élites, construido en la sociedad política, que se vivifica en una ideología orgánica en la filosofía, el sentido común y el folklore de la sociedad civil (Betancourt, 2010). Es decir, la dirigencia hegemónica –validación y justificación del orden social belicista– por un lado; y por el otro, dominación a través de la coerción. De ahí que no sólo las Fuerzas militares y de Policía colombianas sean las de mayor presupuesto en América Latina, sino también que juega un papel importante la presencia tras la sombra de las estructuras paramilitares que en ocasiones operan como aliadas de las fuerzas estatales en otras como brazo ilegal para perseguir al movimiento social. Todo esto acompañado con propaganda de guerra que refuerzan el miedo y la necesidad de protección por parte de la sociedad civil.

**El proyecto Nacional-Popular de la Colombia Humana en las elecciones
presidenciales de 2018. Heiner Gaitán Parra.**

Las más agudas disputas al interior de la clase dominante durante el gobierno Santos dejaron heridas que lograron generar fisuras en el Bloque Histórico. Si bien es cierto, a medida que avanzaba el proceso de paz las organizaciones sociales, los partidos de oposición y la prensa crítica suavizó el trato con el gobierno para permitir que el dialogo con la insurgencia tuviera oxígeno, lo que a la postre permitió firmar el acuerdo con una consecuencia: el acoplamiento de sectores de la izquierda a la agenda de paz del gobierno, sobre lo cual omitieron su crítica y su movilización en otros aspectos donde se desarrollaba con mayor intensidad la política oligárquica en cabeza de Santos.

Al quedar el campo de la oposición debilitado este fue ocupado con sagacidad por la extrema derecha de Álvaro Uribe y su partido el Centro Democrático. Desde allí las críticas contra el gobierno Santos se intensificaron, a tal punto de combinar la acción parlamentaria en el Congreso y la movilización callejera. Para darle mayor eficacia y contenido a su oposición la extrema derecha le arrebató banderas a la izquierda política, la cual estaba atrapada por su apoyo táctico al débil proceso de Paz del gobierno Santos. En síntesis, la derecha reactiva ha canalizado mejor la rabia social bajo sus ideas orgánicas de comunidad.

Es claro, entonces, que la crisis orgánica del Bloque Histórico Nacional se da por las diferencias irreconciliables entre los dos grupos más fuertes alrededor de la salida política del conflicto que de tajo pone en cuestionamiento el consenso de élites construido alrededor de la derrota militar y política de la insurgencia –para los sectores más radicales esto incluye a los sectores críticos del establecimiento de ahí la estrategia paramilitar- y de su carácter legitimante ante el conjunto de la sociedad civil.

Al señalarse que la crisis es producida arriba en el terreno de las élites y reflejada en la incapacidad de conducir el Estado y mantener el consenso en la sociedad civil se hace necesario o la reformulación de un nuevo pacto de élites

**El proyecto Nacional-Popular de la Colombia Humana en las elecciones
presidenciales de 2018. Heiner Gaitán Parra.**

bajo un nuevo elemento aglutinante capaz de construir legitimidad y consenso o, por lo contrario, la construcción de un nuevo consenso social fruto de la disputa hegemónica por constituir un nuevo Bloque Histórico conducida por los subalternos.

Por ello la campaña presidencial de 2018 se presentaba como el escenario en el cual no sólo los sectores oligárquicos iban a dirimir sus diferencias, en aras de reformular el consenso de élites teniendo de por medio la crisis orgánica, sino también la posibilidad de establecer los grados de unidad de los partidos y movimientos del campo popular, debilitados y casi cooptados en el último periodo de gobierno.

II La coyuntura electoral

El proceso electoral de 2018 se constituía, entonces, en la oportunidad para conocer los encuadramientos de los diferentes sectores políticos en aras de perfilar su lugar en el marco de la crisis orgánica. Es decir, la coyuntura serviría para saber los alineamientos de los Partidos y sus electorados respecto de los sectores de la élite que estaban en pugna. Sobre todo cuando al final del gobierno Santos la coalición que le ayudó a reelegirse no le apoyó en la implementación normativa del Acuerdo de Paz, mostrando desacuerdos con la principal política del gobierno –y elemento generador de la crisis orgánica.

No fue extraño ver en las discusiones relativas a la Jurisdicción Especial para la Paz (JEP), las curules para las víctimas y demás disposiciones normativas que buscaron asegurar legalmente el Acuerdo de Paz a Cambio Radical, el Partido de la U y al Partido Conservador oponiéndose, poniendo trabas en la discusión e, incluso, participando del sabotaje legislativo promovido por Álvaro Uribe y el Centro Democrático.

**El proyecto Nacional-Popular de la Colombia Humana en las elecciones
presidenciales de 2018. Heiner Gaitán Parra.**

Estos sectores entendieron rápidamente que con los resultados del plebiscito del 2 de octubre el sector más retardatario de la élite se fortalecía, pues contaba con base social y su estrategia de sabotaje legislativo, movilización callejera y alianza con grupos religiosos, daba sus frutos. El país daba un giro conservador y el Centro Democrático se perfilaba como la primera opción para 2018.

De igual modo, la coyuntura serviría para establecer los grados de autonomía y capacidad de reacción de los sectores de izquierda, la mayoría de ellos apoyaron el proceso de Paz con el costo de limitar la movilización callejera y la protesta ciudadana, dada la voracidad de la creciente y fortalecida oposición uribista.

En ese sentido, las elecciones se presentaron para los sectores de izquierda como una oportunidad táctica², al igual que el mismo proceso de paz, para avanzar en una estrategia aún no muy clara relacionada con la toma del poder. Esto último tiene que ver con el lugar de enunciación de la izquierda, relegada a ser opositora de todo gobierno nacional.

De ese modo es importante señalar “en los momentos de crisis orgánica, las campañas electorales son una guerra de trincheras simplificada. Las campañas representan el momento de la gloria o del fracaso de los estrategas políticos que pelean por imponer su relato sobre la base de consensos cambiantes” (Iglesias, 2015)

² Durante muchos años los debates al interior de la izquierda legal estuvieron relacionados con la validez y legitimidad de la lucha armada. El Partido Comunista en su X Congreso aprobó la tesis de la “combinación acertada de todas las formas de lucha de masas”; el MOIR, desde sus orígenes, le apostó a la oposición parlamentaria. Con la desmovilización del M-19 y el surgimiento de una agrupación legal de este sector se continuó con la tesis institucional, replicada en la experiencia del Polo Democrático. En las negociaciones de Paz de la Habana ya era claro en la izquierda que la imposibilidad de ser alternativa de poder radicaba precisamente en la existencia de grupos insurgentes que, paradójicamente, ayudaban a legitimar el discurso de estigmatización contra la izquierda legal. Por tanto, se sobreentendió que un Acuerdo de Paz y posterior desmovilización de las FARC era la oportunidad de avanzar en un proyecto de país gobernado por la izquierda, tal como sucedió en América Latina: las opciones electorales ganadoras tenían en su interior ex otrora guerrillas que pasaron por Acuerdos de Paz.

La guerra de trincheras o guerra de posiciones, en contraposición a la guerra de movimientos, son metáforas empleadas por Gramsci para comparar el arte militar y el arte de la política. Estas formas de guerra o estrategias, extraídas de una diferenciación que se hace el autor italiano de oriente y occidente en la relación entre sociedad civil y sociedad política de cada uno. En este contraste, se observa que entre más compleja se vuelven las sociedades occidentales (superestructuras de la sociedad civil), más se asimilan a las trincheras de la guerra de posición. Ante este acontecimiento, la vieja fórmula de revolución permanente o guerra de movimientos queda obsoleta, y se hace necesaria la superación de la estrategia. (Macciocchi, 2002)

Es así que la Guerra de Posiciones implica asumir la construcción de fronteras, en un paso a paso en la lucha por la consolidación de la hegemonía. Para el 2018 la izquierda estaba entre acudir pasivamente al choque de élites o definir los contenidos de su estrategia.

De ese modo, los encuadramientos de los actores políticos del país se concentraron en cuatro sectores: el continuismo de la derecha liberal heredera de Juan Manuel Santos; la extrema derecha conservadora y neoliberal; la centro izquierda producto de un pragmático acuerdo entre el oficialismo del Polo Democrático y la Alianza Verde; y la alternativa democrática, como articulación entre los movimientos sociales, ciudadanías indignadas y la base social de algunos partidos de izquierda.

“Para Gramsci la ‘guerra de posición’ es, por el contrario, la progresiva disgregación de una civilización y la construcción de otra en torno a un nuevo núcleo de clase. La identidad de los contrincantes, por tanto, lejos de estar fijada desde un comienzo, cambia constantemente en el proceso. Está claro que esto tiene poco que ver con una ‘guerra de posición’ en el sentido estrictamente militar, ya que esta última no consiste en un pasaje continuo de fuerzas adversarias a las propias filas: la metáfora militar se metaforiza aquí en la dirección opuesta. Si en el

**El proyecto Nacional-Popular de la Colombia Humana en las elecciones
presidenciales de 2018. Heiner Gaitán Parra.**

leninismo había una militarización de la política, en el caso de Gramsci hay una desmilitarización de la guerra” (Laclau & Mouffe, 2004)

Este proceso electoral se presentó como el primero en el cual la otrora guerrilla de las FARC-EP hizo su aterrizaje a la vida política legal, luego de los Acuerdos de Paz suscritos en la Habana con el gobierno Santos, quien terminó su mandato profundamente debilitado por cuenta de un proceso de paz atacado por su enemigo, el popular expresidente Álvaro Uribe. De tal modo que los dos candidatos de su corriente Humberto de la Calle y Germán Vargas Lleras tuvieron discretos resultados en dichas elecciones.

El continuismo de la derecha liberal de Santos se dividió en dos candidaturas, la de Humberto de la Calle y la de Germán Vargas Lleras. De la Calle, exvicepresidente y con experiencia en varias áreas del Estado, representaba la cara de un liberalismo ideológico en declive en Colombia: Estado laico, división de poderes, derechos individuales, respeto al libre desarrollo de la personalidad, entre otros. Esperaba sumar apoyos de la opinión pública favorable al proceso de Paz con las FARC.

Por su parte, Germán Vargas Lleras representaba el liberalismo de derechas, heredero de la tradición de Turbay Ayala, donde la seguridad y las instituciones eran temas centrales. En términos prácticos el exvicepresidente se constituyó en el candidato del establecimiento, pues sus cálculos y movidas políticas perfilaron a su agrupación Cambio Radical como la mayor fuerza territorial en el país, lo que se explica dado a las alianzas con sectores clientelistas de las regiones con base en acuerdos burocráticos.

A de la Calle el electorado no lo apoyó por lo impopular y desgastante que resultó siendo el Acuerdo de Paz, del cual él personificó su logro, pues fue el jefe negociador en la Habana; sumado a que su partido, el Liberal, se la jugó con Iván Duque, producto de cuestionadas alianzas entre César Gaviria –jefe

**El proyecto Nacional-Popular de la Colombia Humana en las elecciones
presidenciales de 2018. Heiner Gaitán Parra.**

máximo del liberalismo- y el mismísimo Álvaro Uribe. Por su parte a Germás Vargas Lleras no le bastó la amplia plataforma que logró construir pactando con clientelas y grupos cuestionados en las regiones. A la postre, quien se veía como el candidato a vencer fue rebasado por su propia antipatía en tanto encarnaba los vicios de la clase política tradicional.

También esta coyuntura electoral marcó el cambio de estrategia del uribismo que, a diferencia del proceso electoral de 2014, y animado por los resultados del Plebiscito del 2 de octubre de 2016, se decidió a presentar una candidatura joven que hizo difícil para el electorado ubicar el discurso de seguridad y mano dura, el cual se modificó para darle paso a una propuesta tecnocrática en la figura de quien a la postre resultaría vencedor en esa elección, el economista de derecha educado en las oficinas del Banco Mundial, el exsenador Iván Duque Márquez.

Las fuerzas alternativas divididas entre la propuesta moderada de centro derecha –apoyada por algunos grupos de izquierda, en cabeza del matemático paisa Sergio Fajardo, quien ubicó la educación como su tema central de campaña y el exalcalde de Bogotá Gustavo Petro, quien en su juventud integró las filas del M-19 donde ayudó en la transición democrática de este grupo insurgente, dieron la sorpresa en primera vuelta al concentrar entre los dos un poco más del 48% votos.

La candidatura y votación de Fajardo (23% en primera vuelta) representaba a la emergente clase media urbana colombiana asentada en las ciudades capitales, conformada por burócratas medios, medianos empresarios, profesionales liberales y jóvenes, muchos de ellos con un pasado y una adscripción cercana al uribismo y al rechazo a las ideas de izquierda, por ello discursivamente defendieron el denominado el “centro político”, desde allí criticaron a la clase política tradicional y a la izquierda, donde coincidieron con el discurso uribista de la amenaza castrochavista. Con el ingrediente central de

**El proyecto Nacional-Popular de la Colombia Humana en las elecciones
presidenciales de 2018. Heiner Gaitán Parra.**

despolitizar discusiones netamente políticas, la pretensión del centro de vaciar la política y convertir los conflictos en meras diferencias técnicas. Ante el ascenso de la propuesta de Petro, figuras de la derecha colombiana como Germán Vargas Lleras o Juan Carlos Pinzón se reclamaron del centro, de fondo estaba la cuestión de despolitizar.

Por tanto, la propuesta de toma del “centro político” de Sergio Fajardo buscó, por una parte, capturar el voto cercano a la izquierda que pretendía evitar la vuelta del uribismo; y por otra, no asustar a la derecha que jamás apoyaría a Petro para hacerla dócil y gobernable. Por eso la narrativa de “no polarizar” como forma de vaciar la política, no era más que la pretensión gerencial y tecnocrática de anular los conflictos sociales inherentes al ejercicio de la política.

Sin duda la campaña de Gustavo Petro y su paso a la segunda vuelta fue registrada con sorpresa, pues en un país que acentuó su posición a la derecha cuando el continente elegía gobiernos de izquierda y con el precedente del triunfo del NO en el plebiscito, no era fácil imaginar un buen resultado para los sectores populares en estas elecciones. Más aún cuando el comportamiento electoral de los candidatos que representan este espectro jamás alcanzó un resultado importante³. Colombia ha sido un país fértil para los gobiernos de derecha y el fenómeno Petro logró asustar al poder político que, abandonando las diferencias cultivadas en el gobierno Santos, se decantó en apoyar la figura de Duque para evitar la llegada de la izquierda al gobierno.

Más de ochenta plazas públicas llenas en tres meses de campaña, una gran variedad de sectores sociales protagonistas de la última década de

³ Si bien es cierto que para las elecciones de 2006 el exmagistrado Carlos Gaviria Díaz, candidato del partido de izquierda Polo Democrático Alternativo (PDA) logró el 22% -la cifra más alta de respaldo de la izquierda hasta entonces, ello no constituyó ninguna amenaza para el régimen, pues Álvaro Uribe Vélez se reeligió con el 63% de los votos de esa misma elección.

movilización y protesta social articulados en la propuesta de la Colombia Humana, hicieron parte de una campaña sin precedentes. Por primera vez en mucho tiempo una candidatura alternativa puso en el centro del debate público temas de interés para el país nacional que obligó a la contraparte en la derecha política a responder programáticamente. La inequidad social, la redistribución de la riqueza, el acceso y uso de la tierra, la transición energética, los derechos sociales, la planeación territorial y la defensa del agua, de otras formas de práctica democrática y de la paz se constituyeron en los temas centrales de la campaña, las intervenciones públicas de los candidatos, los debates en medios de comunicación ocuparon la centralidad, superando la dicotomía electoral entre la amenaza de guerra y la pretensión de seguridad que habían dominado la agenda en los últimas seis elecciones presidenciales.

Más allá de ver el fenómeno Petro como una propuesta concreta en una coyuntura electoral determinada, es necesario entenderlo desde su complejidad, sobre todo en un momento definido por la crisis orgánica producida por las elites y la apuesta de asumir las elecciones como una lucha de posiciones. La Colombia Humana se consolidó como la pretensión criolla de construir pueblo movilizado a partir de experiencias singulares de organización y movilización social y popular que encontraron en la propuesta de Petro su aglutinador y agregador.

III. La irrupción subalterna: la construcción de lo Nacional - Popular

El clima de descontento social en Colombia se experimentó en múltiples luchas y procesos sociales que reflejaron el agotamiento del modelo neoliberal. La Minga Indígena; el movimiento estudiantil de la MANE; los paros Agrarios; los procesos de Consultas Populares en defensa de los ecosistemas de páramo, el

movimiento de víctimas, cada una en su singularidad expresó el descontento social ante las consecuencias del modelo económico y la conducción política por parte de las élites.

Muchas de estas luchas, aunque lograron movilizar opinión y en determinadas circunstancias articularon otros sectores y demandas, chocaron con el límite propio de su reivindicación. El bloque de poder, en su astucia política, negociaba prebendas, cooptaba, desmovilizaba o estigmatizaba al movimiento. Si el pilar central del pacto de élites es la violencia contra el movimiento popular, incluso apelando a la estrategia paramilitar, es entendible el tratamiento a los procesos sociales que disputaban sus demandas al poder político.

Cuando muchos de estos procesos se reconocieron en la campaña de Gustavo Petro, y sus demandas dieron contenido al programa de gobierno del candidato de la Colombia Humana, se producen por lo menos tres cosas. En primer lugar al incluirse el pueblo en la disputa electoral el proceso corría el riesgo de verse a menos con los ataques virulentos de los grupos de poder que no dudaron en llamar al candidato caudillo y a su movimiento de populista; en segundo lugar, se generan puentes y vasos comunicantes entre la campaña electoral y el pueblo organizado; y en tercer lugar, el programa de la Colombia Humana se constituyó en el referente universal de las demandas singulares que se recomieron en esa propuesta de gobierno y que fueron protagonistas del más reciente ciclo de movilización y protesta social.

Para hablar de Populismo es necesario tener en cuenta tres acepciones con las cuales se ha relacionado el concepto, muy de moda en medios de comunicación y en la academia desde diferentes enfoques. I) Su uso práctico; II su espontaneo); y III) su uso teórico.

A propósito del fenómeno Petro, la investigadora Luciana Cadahia comenta que las tres acepciones de populismo tienen un lugar de enunciación

**El proyecto Nacional-Popular de la Colombia Humana en las elecciones
presidenciales de 2018. Heiner Gaitán Parra.**

concreto. En lo referente al uso práctico, el caso latinoamericano arroja pistas sobre lo que son gobiernos populares que a) rompen con los Estados oligárquicos y clientelistas; b) construyen un tipo muy específico de modernidad democrática; y c) establecen un vínculo entre los sectores populares y el poder estatal. El populismo como una forma singular de construir lo político en las modernidades periféricas (Cadahia, 2018).

Señala la autora que sobre el uso espontáneo del populismo caen los medios de comunicación, la clase política tradicional y una ciudadanía incauta y desprevenida a la cual le refuerzan su relato contra procesos políticos que no se encasillan en el modelo de democracia liberal. Por tanto la estigmatización es constante, teniendo en cuenta las prevenciones de parte de los grupos económicos y políticos tradicionales sobre ampliar la democracia para permitir la participación popular (Cadahia, 2018).

Sin embargo, desde su acepción teórica Laclau sostiene que el populismo es la forma en que ciertos Estados latinoamericanos consiguieron que las mayorías populares participaran de la vida política y gozaran de derechos políticos y civiles y además de constituir propuesta que buscó promover la redistribución de la riqueza (Laclau & Mouffe, 2004).

El gran aporte de Laclau es demostrar que el populismo tiene su propia racionalidad, pues construyó una teoría a partir de la experiencia particular de los países latinoamericanos. De ese modo el populismo es una teoría clave para leer los fenómenos políticos en la región a partir de las propias experiencias. Es la posibilidad, también, para salir del colonialismo académico, donde la imposición de categorías y conceptos de la modernidad europea es lo aceptado (Cadahia, 2018).

La forma de pensamiento populista supera esa concepción errónea de entender el proyecto popular a partir de un líder carismático que manipula las masas y desborda las pasiones para imponer un proyecto autoritario (Laclau,

**El proyecto Nacional-Popular de la Colombia Humana en las elecciones
presidenciales de 2018. Heiner Gaitán Parra.**

2004). Para Laclau todo cambio político en el sentido progresista pasa por constituir al pueblo como actor político, pues en la tradición liberal el pueblo es algo ya dado que se ejercita a través del voto. De ese modo, construir pueblo es nuestra región, pasa por leer las complejidades sociales que promueven la organización y movilización popular que en algún punto, sin abandonar la calle como escenario de disputa democrática, tramitan sus demandas a través del mecanismo electoral.

El quiebre democrático que supone el modelo neoliberal abre la vía de un nuevo bloque histórico. En el caso colombiano referido a la crisis orgánica del establecimiento, producto de la disputa que significó el Acuerdo de Paz que rompió un pilar central del consenso de élites, le abre paso a una situación populista que en nuestro caso expresó Gustavo Petro.

No caer en la afirmación que Populismo se entiende como una malformación, porque aparece en momentos de crisis (...) hay un conjunto de sectores y personas dispuestas a articularse en torno a un mito y horizonte común. El pueblo no existe, no está predefinido, se construye cuando hay crisis institucional. La pasión y la voluntad general que no está representada debe serlo. Reivindicar el populismo no como proyecto político, sino como forma de mirar la política para entender una lógica particular de la política. Hay una relación entre contingencia y trascendencia. El Pueblo no existe, todo debe ser construidos en relatos compartidos" (Errejón, 2015)

De acuerdo con Errejón (2015), en política cada proyecto apela a algún universal de interés general como elemento fundante. En el populismo es, claramente, el pueblo. Desde esta perspectiva se pretende construir una identidad transversal de carácter general, ante la fragmentación de identidades –y demandas– sociales, por ello la construcción de fronteras es central para la perspectiva populista.

**El proyecto Nacional-Popular de la Colombia Humana en las elecciones
presidenciales de 2018. Heiner Gaitán Parra.**

En el Populismo, la construcción de fronteras es entre el “nosotros” y el “ellos” que define la política democrática en contraposición de agonistas o adversarios y entre antagonistas o enemigos.

En el gobierno de Uribe era la lógica Shmittiana de amigo-enemigo, que legitimó montajes judiciales, interceptaciones telefónicas a sus rivales políticos, asesinatos de civiles en la guerra contrainsurgente, producción de noticias falsas, maltrato psicológico y simbólico a los críticos, recorte de garantías a la oposición, el uso del DAS como aparato criminal, entre otros.

En el proyecto populista se reconoce que el adversario es central en la agenda democrática, por ello se le reconoce en su identidad y agenda movilizadora. En la narrativa de Petro y la Colombia Humana la capacidad de normalizar las relaciones políticas y avanzar hacia una era de paz pasaba porque todos los actores del tablero se reconocieran entre sí como adversarios que respetaban unas reglas mínimas de juego, en este caso el respeto a las instituciones y el presupuesto público. No es extraño como en el lenguaje de Petro, sobre todo en su administración al frente de la alcaldía de Bogotá, se enfatizó en denunciar a lo que él denominó las “mafias de la contratación” y a las “fuerzas políticas de la guerra y la muerte”.

En su “Acuerdo sobre lo Fundamental”, frase del otrora líder conservador Álvaro Gómez Hurtado, Petro planteaba, aparte de avanzar en un programa de derechos sociales, cercar a los corruptos y a los guerristas. A los primeros en la exclusión del sistema política y a los segundos en su domesticación a través de un proceso de Verdad histórica.

Esa forma de construir identidad política, esa forma política depende de cual sea su frontera. El enemigo del pueblo da el cártel del pueblo -si son los de arriba o los de abajo- hay un exterior constitutivo. La cuestión del populismo es la gestión del adentro (insertar al empresariado nacional,

**El proyecto Nacional-Popular de la Colombia Humana en las elecciones
presidenciales de 2018. Heiner Gaitán Parra.**

sectores modernizantes de las élites). Construir la comunidad popular en la plaza, en el momento fundante (Errejón, 2015).

El populismo no tiene nada que ver con la demagogia, sino con un tipo de construcción de frontera: la de oponer al pueblo -la voluntad colectiva transversal-, en contraposición con lo que en otros lugares se llama la casta, el establishment, la oligarquía y que hábilmente Gustavo Petro denominó las "Mafias de la contratación". En ese sentido, el populismo no puede ser referido a una ideología, ni a un paquete de políticas públicas, es una forma de construcción de lo político desde un "adentro" que se expande en los momentos de crisis.

Por tanto, la concepción populista es de las pocas que mantiene viva la figura del pueblo empoderado puesto que logra reactivar la dimensión constitutiva de la democracia en perspectiva de apostarle a sociedades igualitarias a partir de la ampliación de derechos. Es una alternativa que hace retornar a la política, más en tiempos de sociedades neoliberales postdemocráticas y pospolíticas, donde los conflictos ideológicos desaparecen para darle paso a meras agencias técnicas y administrativas en el seno de las instituciones, por ello el populismo es una propuesta de radicalización de la democracia.

La propuesta de Petro -señala Cadahia- se reconoce dentro de la tradición liberal-plebeya, distante en formas y contenido a la liberal-elitista de los candidatos del establecimiento. La Colombia Humana se ha estructurado reconociendo el papel de los afectos en la construcción de su proyecto político -la cadena de afectos que señalaba Jaime Bateman, fundador del M-19; generando el antagonismo entre los de abajo y los de arriba: ciudadanías libres contra las mafias oligárquicas; y propuso generar el vínculo entre lo popular y

**El proyecto Nacional-Popular de la Colombia Humana en las elecciones
presidenciales de 2018. Heiner Gaitán Parra.**

las instituciones para lograr derechos postergados históricamente para las mayorías azotadas por la violencia y la corrupción (Cadahia, 2018).

En su ensayo sobre el “Fenómeno Petro”, (Ayala, 2018) citando el popular trabajo de Cristina de la Torre titulado “Neopopulismo en Colombia” señala que “el populismo no es un fenómeno vergonzoso de coyuntura. Es una fuerza crucial en la democratización del régimen político y económico, pues incorpora las grandes masas a la política y a los beneficios del desarrollo, aunque no pocas veces sirve a regímenes de derecha” esta última parte de la cita hace relación al gobierno de Álvaro Uribe, con quien de manera desprevenida los generadores de opinión críticos a la Seguridad Democrática, califican de populista.

En efecto, Cadahia (2018) en dos artículos a propósito de la coyuntura del 2018, no duda en reconocer el carácter populista de la propuesta de Petro. La cual define como “populismo progresista o emancipador”, sin embargo en el caso de Uribe, aunque hay una vinculación con las masas se evidencia en un sentido vertical, donde se promovió el antagonista en la relación abajo-abajo – movimientos sociales que protestan son calificados como el enemigo interno funcional al proyecto insurgente-. División en el abajo es útil para un sector de la élite en asegurar su hegemonía. Para el 2018 el enemigo interno era la posibilidad de extraer el modelo “castrochavista” de Hugo Chávez y Nicolás Maduro. El populismo reactivo de Uribe no sólo es una imposibilidad para tejer y articular experiencias sociales, sino al contrario es un límite que uniforma y homogeniza la sociedad a través de la autoridad, el fanatismo y el miedo.

El país se apartó del relato que construyó la región en su ciclo progresista que tuvo como consecuencia el aislamiento de Colombia de Latinoamérica y el correspondiente alineamiento con los Estados Unidos que no sólo tuvo efectos en la política exterior colombiana, sino también en la política interna. El uribismo hizo emerger el rostro reactivo de lo popular pues supo canalizar el descontento

**El proyecto Nacional-Popular de la Colombia Humana en las elecciones
presidenciales de 2018. Heiner Gaitán Parra.**

social. Los referentes culturales, intelectuales, institucionales que no encontraron cabida y expresión en el relato de país del sector menos radical y moderado de la élite logró un vehículo movilizador con el proyecto uribista hoy afincado en el Centro Democrático.

La interpretación reaccionaria del clima de insatisfacción social que hizo el proyecto uribista se da gracias al posicionamiento de un liderazgo fuerte y autoritario ante un descontento fragmentado y huérfano que se presta para fortalecer el discurso antiestablecimiento –“élites bogotanas”- y promover el antagonismo en el abajo – abajo: líder social, militante de izquierda o activista por los derechos asociado al proyecto terrorista de escala global.

Algunas causas de la derechización del imaginario colectivo en las clases populares se encuentran, en primer lugar, en el hundimiento de las estrategias contrahegemónicas de los Partidos Comunistas, que lideraron proyectos de oposición durante buena parte del siglo XX; en segundo lugar, la seducción y fascinación que supuso el neoliberalismo para la socialdemocracia que progresivamente se movió a la derecha del espectro político; y en tercer lugar, la incapacidad de la izquierda a la hora de construir imaginarios colectivos.

Por ello, la apuesta del proyecto de Colombia Humana como articulador de demandas sociales activadas por el movimiento popular fue/es la de construir pueblo a partir de valores progresistas que pasan por asegurar la paz, recuperar la democracia y disputar la hegemonía a la élite uribista. El populismo es pensado en clave de un Estado republicano. Los de arriba lo usan para satisfacer sus intereses particulares de clase, los de abajo lo usan para ampliar derechos sociales y fortalecer las instituciones democráticas (Cadahia, 2018).

En ese sentido, hemos hablado de dos formas de entender el populismo en el debate nacional colombiano. Por una parte, desde el proyecto reaccionario encarnado por Álvaro Uribe alrededor del autoritarismo; y por otra, la del

**El proyecto Nacional-Popular de la Colombia Humana en las elecciones
presidenciales de 2018. Heiner Gaitán Parra.**

proyecto liberador-emancipador de la Colombia Humana y su líder Gustavo Petro.

Según Cadahia (2017) el populismo emancipador apela a las instituciones como mecanismo expansivo de derechos sin renunciar a la conflictividad entre los actores, puesto que se reconoce que hay una dimensión igualitaria de las instituciones que ayuda a desarticular la frontera material entre los de arriba y los de abajo.

La gran paradoja de nuestro orden institucional es que existe en la formalidad jurídica un Estado social de Derecho pero que no garantiza los mínimos democráticos y que se legitima así mismo – y a las élites- a través del ejercicio violento del poder, por eso múltiples irrupciones plebeyas han sido eliminadas a lo largo de la historia a través de magnicidios y la implementación de la estrategia paramilitar. En ese sentido la propuesta y liderazgo de Petro es la encarnación de fuerzas sociales históricas que han sido reprimidas y de un poder subalterno en reserva.

Los significantes en disputa

El antagonismo pueblo-establecimiento, producto de la crisis orgánica o de hegemonía, expresado en la coyuntura electoral de 2018 se manifestó en la puesta en escena de las ciudadanías libres, fuerza social del cambio, en contraposición de las maquinarias, fuerza de estancamiento del statu quo. Si bien es cierto, al final de la coyuntura se proclamó el triunfo de Iván Duque, luego de sorpresivos anuncios de los principales jefes del santismo que, sin importar sus discrepancias con el Centro Democrático, apoyaron al candidato de Uribe. Es decir, cerraron filas en torno a su proyecto de clase.

Colombia Humana ofreció un relato que expresó la crisis y articuló demandas sociales constituidas en la particularidad. Más allá de un eslogan de campaña se convirtió en un agregador político-emocional, pues no sólo movilizó ciudadanos desencantados sino logro ocupar la centralidad programática e

**El proyecto Nacional-Popular de la Colombia Humana en las elecciones
presidenciales de 2018. Heiner Gaitán Parra.**

imponer los términos del debate, sobre todo en un momento donde las FARC y el conflicto armado ya no eran preocupaciones de la opinión pública ni de la ciudadanía.

Dicho relato ofreció a la sociedad la posibilidad de constituir un imaginario y un horizonte integrador del descontento que desbordó a las instituciones. Los imaginarios y el horizonte común, según Laclau, cristalizan alrededor de ciertos símbolos que unifican e interpelan como totalidad, es decir de significantes vacíos y de conceptos que permiten movilizar.

La ideología es un campo de batalla que configura el sentido común de la gente, los significantes son, en consecuencia, los portadores de legitimidad que están sometidos a la lucha entre propuestas que disputan la hegemonía.

“Un significante vacío es, en el sentido estricto del término, un significante sin significado” (Laclau, 2004), esta contradicción no implicaría necesariamente que el significante no contiene absolutamente nada. Lo que sucede es que el significante vacío alude a un objeto imposible, la demanda que representa a todas las demás demandas es, justamente, el ejemplo de una imposibilidad que, sin embargo, sucede. Estos significantes vacíos son bicéfalos: por un lado, contienen las demandas que se contraponen a un régimen (el objeto imposible), por otro se encuentra el elemento equivalencial en cuanto oposición al sistema (Laclau, 2004)

En ese sentido, en el marco de la crisis orgánica se han constituido en referentes de disputa algunos conceptos que sirven como categoría de análisis de la realidad, algunos se desgastan, otros se vitalizan, incluso otros aparecen para darle mayor fortaleza a la disputa del sentido común y los imaginarios. En el gobierno Santos la Paz como concepto fue objeto de múltiples enfrentamientos, el rechazo generalizado a las FARC y la impopularidad de quien sería el nobel no permitieron que dicho concepto lograra un significante progresista que permitiera ganar en el terreno de la sociedad civil la necesidad

**El proyecto Nacional-Popular de la Colombia Humana en las elecciones
presidenciales de 2018. Heiner Gaitán Parra.**

de la transición a la vida civil de esa guerrilla y la cimentación de una paz estable y duradera.

Gustavo Petro ha caracterizado el proyecto de la Colombia Humana como el proyecto de la política de vida en contraposición a la política de la muerte, encarnada esta última por los viejos partidos tradicionales y sus herederos contemporáneos, podríamos decir que ha trasmutado la vieja dicotomía política “derecha/izquierda” (2018) por una de nuevo tipo.

Este binomio contradictorio –“política de vida/política de la muerte”– si bien mantiene ciertas continuidades con el anterior –de izquierda/derecha– se ha transformado en tanto se modificó el elemento articulador. Ahora la política deberá construirse alrededor de la vida.

A esta “política de la vida”, Gustavo Petro ha optado en llamarla, como dan cuenta decenas de declaraciones públicas, “biopolítica”. Detengámonos Es necesario detenerse brevemente en algunas afirmaciones del líder de la Colombia Humana. En abril de 2017 en respuesta a una pregunta al respecto de la crisis económica venezolana, Petro tuvo ocasión para mencionar aquella categoría:

Implementar lo que denomino la biopolítica, que indica una separación entre las economías nacionales y el petróleo que, a través de su uso intensivo por vías económicas capitalistas, es el gran transformador del cambio climático. Su uso excesivo ha causado repercusiones como el efecto invernadero que alteran el planeta y ponen el clima de tal manera que representa un peligro para la vida (2018).

El tema central de aquella entrevista fue el cambio climático, por ello no debe extrañarse la asociación fuerte que existe en las anteriores líneas entre la biopolítica y la problemática ambiental, siendo precisamente la *política de la vida* una forma de hacerle frente a aquella patología planetaria. De lo que se trata es de implementar un tipo de política o un tipo de proyecto político cuyo objetivo central sea la protección de la vida, en este caso, de la vida en términos

**El proyecto Nacional-Popular de la Colombia Humana en las elecciones
presidenciales de 2018. Heiner Gaitán Parra.**

ambientales que se ve amenazada por una civilización que funciona con base en combustibles fósiles y especialmente con base en el petróleo como fuente energética altamente contaminante y no renovable. La entrevista termina con la siguiente frase: “la aplicación de la biopolítica significaría un desarrollo social y sostenible completamente diferente al que hoy vemos” (2018), entonces la biopolítica implicaría también un modelo alternativo de desarrollo diferente al impuesto, por lo menos, por las últimas tres décadas de gobiernos neoliberales e incluso diferente a todos los modelos extractivistas herederos de la colonización y de la división internacional del trabajo dentro de la cual a Colombia siempre le ha correspondido la extracción y comercialización de algún tipo de materia prima escondida en su suelo.

Este énfasis en la política de la vida acompaña al líder de la Colombia Humana desde hace varios años, en un artículo publicado por la revista semana en el año 2009, en el marco de las elecciones presidenciales, Daniel García-Peña señalaba que Petro “tiene una obsesión con la política de la vida y alrededor del tema [ha] estructurado su propuesta” (2018), esto debido a que:

“[E]n la mayoría de sus intervenciones, el candidato se refiere a que en el mundo hay una política de la vida y otra de la muerte. “Estamos en riesgo por el calentamiento, las hambrunas, las guerras y la violencia. La nueva izquierda debe promover soluciones, generar una política de la vida, de la ‘biopolítica’. Yo quiero ser el fundador de esta política en Colombia” dijo (2018).

Sobre el concepto de política de la vida se logró articular las demandas dispersas de los actores subalternos que habían hecho parte de la agenda de movilización, sobre todo en los tiempos del último gobierno, donde el movimiento popular activó sus demandas contra el modelo neoliberal y la política militarista –así el contexto sea de una negociación de paz–.

El proyecto Nacional-Popular de la Colombia Humana en las elecciones presidenciales de 2018. Heiner Gaitán Parra.

En ese orden de ideas, la mayor virtud de la Colombia Humana consistió en articular demandas de procesos que actuaban dispersamente y encontraron en Petro el catalizador de sus expectativas, sabiendo aprovechar un momento único en la política colombiana: la disputa de élites y subsecuente crisis orgánica.

“Un movimiento (...) va a ser más o menos populista dependiendo del grado en que sus contenidos son articulados por lógicas equivalenciales. Esto significa que ningún movimiento político va a estar completamente exento de populismo, porque ninguno va a dejar de interpelar hasta cierto punto al “pueblo” contra un enemigo, mediante la construcción de una frontera social (Panizza, 2009)”

Cada sector constitutivo de la Colombia Humana supo agregarse a la generalidad y encontrar en esa lógica equivalencial un relato común para la disputa política. Mientras la contraparte, en una clara evidencia de la pérdida del proyecto nación, soportaba su propuesta en el manejo técnico del Estado y el miedo al socialismo, Petro planteó propuestas alrededor de la sanidad básica universal, transición energética, defender el agua y los páramos, educación pública gratuita, recuperar los fondos de pensiones, avanzar a una economía productiva, cumplir los acuerdos de paz, edificar una institucionalidad que haga frente al cambio climático, entre otros aspectos aplazados históricamente.

**El proyecto Nacional-Popular de la Colombia Humana en las elecciones
presidenciales de 2018. Heiner Gaitán Parra.**

Conclusiones

La crisis orgánica del sistema económico, político, cultural y social, a diferencia de otros lugares en el continente que han sido provocados por los niveles de organización y lucha subalterna, se produce en el contexto colombiano por la intensidad de la disputa entre los sectores de la élite nacional al verse agotado el elemento que configuró el consenso de la clase dirigente: la guerra contra insurgente.

No obstante, en la última década aumentó la movilización social que, si bien es cierto no logró ahondar las grietas de la división en el seno de las élites, ayudaron a generar un clima de descontento y sumar actores y afectos a sus causas que abona el terreno constantemente en favor del surgimiento de propuestas alternativas que disputen el sentido de la democracia.

La elección de Iván Duque no supone la resolución del conflicto de élites que conllevó a la crisis orgánica que le dio ventana de oportunidad al proyecto alternativo de la Colombia Humana. Por lo contrario, el inicio del gobierno se ha visto enmarcado por un clima de inestabilidad social que tiene a diferentes sectores protestando en las calles y a los otrora aliados en la campaña electoral marginados, sin participación burocrática y con el escándalo de Odebrecht comprometiendo a la clase empresarial y al conjunto de las instituciones. Por lo que la descomposición “por arriba” del establecimiento será un elemento a tener presente.

Las demandas del movimiento social y popular colombiano, protagonista del ciclo de movilización de la última década, se han caracterizado por su capacidad movilizadora y de posicionar temas claves en la agenda local/regional o nacional; sin embargo, han carecido de la potencia para lograr transformaciones en ámbitos concretos. Esta imposibilidad radica en el carácter singular de las demandas que no están articuladas a una totalidad como proyecto.

La Colombia Humana tiene el reto, como movimiento horizontal, de disputar significantes de la política nacional, de construir símbolos y referentes del imaginario colectivo, partiendo de la movilización social sin desconocer la ventana de oportunidad que implica la disputa del poder local en 2019.

No obstante, el proyecto debe despersonalizar su liderazgo, no recaer exclusivamente en la figura de Gustavo Petro, si no por lo contrario, apostarle a la emergencia de liderazgos sectoriales, regionales, que puedan hacer parte de la avanzada democrática que el país exige para transformarlo.

En ese sentido, lograr sumar intelectuales, líderes de opinión, artistas, sujetos del mundo del deporte y de diversas áreas en la causa común de transformar a Colombia, es una tarea imperante para lograr insertar elementos de cambio en el sentido común.

La Colombia Humana debe marcar una línea roja entre otras propuestas pasadas de la izquierda colombiana que aún subsisten. Que los mitos, símbolos e imaginarios de las generaciones predecesoras no pueden definir la política del hoy. La nostalgia paralizante, ni los lugares de enunciación de sectores que en su conducción particular no han logrado ubicar elementos en la centralidad, no pueden calar en el proyecto político.

Para la izquierda, los movimientos nacionales y populares, la pluralidad se torna en problema de conducción y definición de criterios políticos; la pluralidad debe ser entendida desde la oportunidad de superar el paradigma

**El proyecto Nacional-Popular de la Colombia Humana en las elecciones
presidenciales de 2018. Heiner Gaitán Parra.**

homogenizante de los partidos y organizaciones tradicionales de la derecha y de la izquierda.

El proyecto de la Colombia Humana debe ser trasgresor, incomodar a la clase política, no dejarse amaestrar ni domesticar por la oficialidad ni los aparatos ideológicos dominantes. La propuesta feminista se perfila como el elemento que garantice el carácter alternativo del proyecto.

De igual modo, el proyecto de la Colombia Humana debe servir para articular esfuerzos nacional-populares en el continente, a manera de revitalizar la unidad de sectores alternativo. El movimiento Nuevo Perú de Verónica Mendoza; MORENA de Andrés Manuel López Obrador, en México; el Frente Amplio de Chile, y el Partido de los Trabajadores (PT) de Brasil, pueden ser la piedra angular para un proyecto de radicalización continental de la democracia, a través de la lucha de los pueblos afectados por la barbarie neoliberal.

Finalmente, al igual que el cúmulo de experiencias, procesos y movimientos que componen la variedad de la izquierda, se hace urgente no pensarse la política en clave de resistir la ofensiva del modelo económico y las consecuencias de la hegemonía cultural del capital, sino también, construir propuesta y gobiernos de carácter alternativo.

Bibliografía

Ayala, G. (4 de Febrero de 2018). *El Fenómeno Petro*. Obtenido de Alainet: <https://www.alainet.org/es/articulo/191239>

Betancourt, C. E. (2010). Gramsci y el concepto de bloque histórico. *Revista UniAndes*, 1-13.

Brito, G. (2018). *Colombia a un paso del Cambio*. Obtenido de Celag.org: <https://www.celag.org/colombia-a-un-paso-del-cambio/>

Cadahia, L. (11 de Mayo de 2018). *El populismo es el fantasma del neoliberalismo*. Obtenido de Alainet: <https://www.alainet.org/es/articulo/192828>

Cadahia, L. (Mayo de 2018). *Gustavo Petro encarna el liberalismo plebeyo colombiano*. Obtenido de The Clinic: <http://www.theclinic.cl/2018/06/14/luciana-cadahia-filosofa-argentina-gustavo-petro-encarna-liberalismo-plebeyo-colombiano/>

Cadahia, L. (4 de Mayo de 2018). Petro no promueve el odio de clases sino que explicita el conflicto de clases existente. (L. S. Vacía, Entrevistador)

Cadahia, M. L. (23 de Mayo de 2017). *Populismo y democracia: una alternativa emancipadora*. Obtenido de Cuba Debate: <https://cubapossible.com/populismo-y-democracia/>

Colombia Informa. (1 de noviembre de 2018). *Gustavo Petro: "La Colombia Humana significa transformaciones para la sociedad"*. Obtenido de Colombia informa: <http://www.colombiainforma.info/gustavo-petro-la-colombia-humana-significa-transformaciones-para-la-sociedad/>

Colombia.com. (1 de Noviembre de 2018). *Petro: "En Venezuela gobiernan las fuerzas de la muerte así sean izquierdistas"*. Obtenido de Colombia.com: <https://www.colombia.com/elecciones/2018/petro-en-venezuela-gobiernan-las-fuerzas-de-la-muerte-asi-sean-izquierdistas-190852>

Daza, A. G., & Calderon Castillo, J. (2018). *Colombia Humana movilización popular hacia 2022*. Obtenido de Celag.org: <https://www.celag.org/colombia-humana-movilizacion-popular-hacia-2022/>

Errejón, I. (2015). *El pueblo y la política. Foros por una Nueva Independencia*. Madrid.

Gramsci, A. (1999). *Cuadernos de la Cárcel 5*. México D.F: Ediciones ERA.

Gramsci, A. (21 de 10 de 2017). *Análisis de las situaciones. Relaciones de fuerza*. En M. Sacristan, *Cuadernos de la Carcel*. Alianza Editorial. Obtenido de *Anaálisis de relaciones. Situaciones de fuerza*: http://www.gramsci.org.ar/TOMO3/065_analisis_situc.htm

Iglesias, P. (2015). *Guerra de Trincheras y estrategia electoral*. Obtenido de Publico.es: <https://blogs.publico.es/pablo-iglesias/1025/guerra-de-trincheras-y-estrategia-electoral/>

El proyecto Nacional-Popular de la Colombia Humana en las elecciones presidenciales de 2018. Heiner Gaitán Parra.

Laclau, E. (2004). *La razón populista*. México DF: FCE.

Laclau, E., & Mouffe, C. (2004). *Hegemonía y Estrategia Socialista*. México DF: FCE.

Macciocchi, M. (2002). Del Intelectual Orgánico en Gramsci al intelectual completo en Mao Tse-Tung. *Revista Paradigmas y utopías*, 96-105.

Mancilla, A. S. (2018). *Celag.org*. Obtenido de El Nuevo Progresismo Latinoamericano: <https://www.celag.org/el-nuevo-progresismo-latinoamericano/>

Petro, G. (1 de Noviembre de 2018). Obtenido de Twitter: <https://twitter.com/petrogustavo/status/271031052351438849?lang=es>

Petro, G. (1 de Noviembre de 2018). *Gustavo Petro, Política de la vida o la muerte*. Obtenido de Youtube: <https://www.youtube.com/watch?v=uwHs9BzVcwk>

Semana. (1 de Noviembre de 2018). *La lucha de Petro*. Obtenido de Semana: <https://www.semana.com/nacion/articulo/la-lucha-petro/110395-3>

Uribe, A., & Cepeda, I. (2014). *Por las sendas del uberrimo*. Bogotá: Ediciones B.